

Tatiana Alvarado Teodorika

JAIME SAENZ

La noche

La Paz - Bolivia
1984

— A mi dilecto amigo
Carlos Alfredo Rivera.

I

La noche

1.

La noche con unos cuernos que se mueven a lo lejos

la noche encerrada en una caja que se vuelve noche en aquella cómoda en el rincón del cuarto

mientras que mis ojos y sobre todo el espacio entre mis ojos y mis narices se transforma a lo largo de una canaleta de dos pisos

me extraña y me causa susto el que haya aparecido un tubo de felpa que se extiende de ojo a ojo y que no me deja ver la noche sino de un modo confuso y fantasmagórico

por obra de una fuerza que ha venido quién sabe de dónde el espacio de mi sueño ha sido dividido por una pared

en este lado no es posible dormir y en el otro lado es perfectamente posible pero no obstante absolutamente imposible

la pared en realidad no es una pared sino una cosa viva que se retuerce y palpita y esta pared soy yo

con una transparencia nunca vista que me permite mirar lo que ocurre en el otro lado de la noche

con unos espacios en que seguramente se puede dormir al abrigo de los suspiros interminables y dolidos y de los terrores que se alojan en tus huesos y que te causan mucha congoja

el otro lado de la noche es una noche sin noche, sin tierra, sin casas, sin cuartos, sin muebles, sin gente

no hay absolutamente nada en el otro lado de la noche,

es un mundo sin mundo por completo y para posesionarse de él será necesario no poder alcanzarlo

—está a la vera de tu cuerpo

y está al mismo tiempo a una distancia inimaginable de él.

2.

A través de los cables de alta tensión que se extienden en el perfil de las colinas y que luego descienden hacia los campos

la noche se difunde con invisibles chispas que a ratos relampaguean en los ojos y en los botones de algunos vecinos que todavía no se han acostado

y que permanecen valerosamente en las puertas de sus casas para presenciar la primera embestida de la noche.

Esta primera embestida tiene en realidad un origen misterioso,

y sin duda surge de los muertos que han muerto en aras del alcohol y que ahora deliran con la visión que les ofrece el otro lado de la noche,

y tiene mucho que ver con los barriles, con los toneles, con las bodegas, y con los ingentes tanques de alcohol con que sueñan noche tras noche unos bebedores que sólo yo conozco,

y que, habiendo bebido toda su vida hasta reventar, se retuercen en medio de atroces malestares en húmedos camastros y en profundas cloacas pidiendo alcohol a gritos.

Estos bebedores han aprendido muchas cosas y tienen mucha paciencia,

y saben que el otro lado de la noche se halla en el interior de sus espaldas,

y que se halla asimismo en sus gargueros,

los cuales conservan siempre un resabio de alcohol,

lo que precisamente tiene la virtud de atormentarlos sin cesar durante el largo, largo tiempo que dura la noche en el otro lado de la noche.

3.

En realidad, el otro lado de la noche es un dominio sumamente extraño,

y es el alcohol quien lo ha creado.

Nadie puede pasar al otro lado de la noche;

el otro lado de la noche es una región prohibida, y sólo podrán entrar en ella los sentenciados.

¿En qué consiste el otro lado de la noche?

El otro lado de la noche consiste en que la noche, simple y llanamente,

se te entra por la espalda y se posesiona de tus ojos, para mirar con ellos lo que no puede mirar con los suyos.

Entonces ocurre una cosa muy rara:

en determinado momento, tú empiezas a mirar el otro lado de la noche,

y muy pronto llegas a comprender que éste se halla ya dentro de ti.

Mas esto, por supuesto, es algo que sólo se da en los grandes bebedores.

Es privativo de los bebedores que, por haber bebido y bebido sin piedad, han estado muchas veces a un pelo de la muerte.

Es cosa que sólo ocurre con los bebedores que han enloquecido a causa del alcohol.

Con los que no pueden estar un minuto sin beber.

Con los que deciden acortar al máximo las horas de sueño —digamos a dos horas—, a fin de tener más tiempo para beber.

Con los que no ven la hora de estallar de una vez con el alcohol, y que se regodean al sólo pensar en ello.

Con esos.

Sólo a esos el alcohol les concede la gracia de sumergirse para siempre en el otro lado de la noche.

4.

La experiencia más dolorosa, la más triste y aterradora que imaginarse pueda,

es sin duda la experiencia del alcohol.

Y está al alcance de cualquier mortal.

Abre muchas puertas.

Es un verdadero camino de conocimiento, quizá el más humano, aunque peligroso en extremo.

Y tan atroz y temible se muestra, en un recorrido de espanto y de miseria,

que uno quisiera quedarse muerto allá.

Pues el retorno del otro lado de la noche es en realidad un milagro,

y únicamente los predestinados lo logran.

A tu retorno, el mundo te mira con malos ojos;

eres un extraño, eres un intruso, y sientes en lo hondo que el mundo no quiere que lo contemples;

lo que quiere es que te vayas y desaparezcas —lo que quiere es que ya no estés aquí.

Y como al fin y al cabo el mundo eres tú,

imagínate, tendrás que tener mucha fuerza, mucha humildad, mucho gobierno,

para enfrentarte contigo mismo

—vale decir, con el mundo.

5.

Luego la noche vendrá en tu ayuda

—y tan sólo ahora, a la luz de experiencias aterradoras recientemente vividas,

te serán reveladas muchas cosas simples, al par que difíciles.

Pues si no hay riesgo, si no hay peligro, si no hay dolor y locura,

no hay nada.

El día es para respirar, para saludar, para recorrer muebles y cambiar de sitio algunas cosas;

el día es de oficinas, de dimes y diretes y de gente buena y optimista,

y también de pequeños odios y de carreras de velocidad, a ver quién llega primero.

El día es la superficie del mundo.

La noche no.

La noche es la noche.

La noche, en las profundidades, ha imaginado una broma pesada —pues la noche escribe,

para buscar y encontrar.

La noche propicia para perderse y desaparecer, para renacer y morir, en oscuridades que te hablan y te señalan.

Por eso la luz de la noche es una luz aparte: muchas cosas, muy extrañas,

se iluminan a la luz de la noche

—las cosas vuelven a ser como lo que son, y uno mismo llega a ser como lo que es.

6.

Nadie podrá acercarse a la noche y acometer la tarea de conocerla,

sin antes haberse sumergido en los horrores del alcohol.

El alcohol, en efecto, abre la puerta de la noche; la noche es un recinto hermético y secreto,

que se hunde en lo hondo de los mundos,

y no se podrá mirar en sus adentros, sino por la vía del terror y del espanto.

Además, existen ciertas afinidades con lo oscuro; y quien no las tiene, jamás podrá acercarse a la noche.

Tales afinidades prosperan bajo un signo que podría parecer inconsistente al no iniciado;

pero este signo es ya de por sí indicativo, y lo constituye un extraño y permanente temor de caer en el camino.

De ahí que el iniciado en los secretos de la noche, camine siempre con cautela,

como si de súbito hubiera enceguecido, o hubiera perdido la noción del espacio.

Y es éste en realidad un caminar en las tinieblas

—es de hecho un caminar en el seno de la noche.

Pues el iniciado habrá perdido la luz para siempre,

aunque, por otra parte, podrá encontrarla el momento que lo desée,

dispuesto como está a pagar el alto precio que se le exige.

Pues para el hombre que mora en la noche; para aquel que se ha adentrado en la noche y conoce las profundidades de la noche, el alcohol es la luz.

El que su cuerpo se vuelva transparente, y el que esta transparencia le permita mirar el otro lado de la noche,

es obra exclusiva del alcohol.

7.

El que todavía siga habiendo eso que yo llamo la noche, y el que todavía uno pueda mirarla cuando le da la gana, es un verdadero milagro

—es algo que yo francamente no alcanzo a explicarme.

Dado el estado del mundo, uno tendría que verse obligado a trepar a la punta del cerro a ver si encuentra la noche.

Sencillamente, resulta sorprendente que hasta el momento la noche no haya sido eliminada de la faz del planeta;

liquidada y abolida para siempre, en aras del progreso de la humanidad y para mayor gloria de la tecnología;

en procura de soluciones radicales para extirpar el mito y la fantasía,

así como también para que la gente trabaje más y no duerma tanto.

Capaz que en una de esas le inyecten a la noche unas cápsulas de láser y le endosen quién sabe qué artefactos de cobalto, para que cumpla una función verdaderamente útil.

Y te diré que no está lejano el día.

La noche pasará a la historia, y será como la historia del Arca de Noé y de la Torre de Babel,

siempre que la tarea no les resulte demasiado difícil y quizá imposible, aun a los propios tecnólogos.

¿A quién irías a quejarte, si un día de esos amaneces y te notifican que ya nunca más habrá noche?

Ante tan tristes perspectivas, es cosa de vida o muerte adoptar extremas decisiones.

Lo primero será adentrarse en la espesura de la noche, para siempre jamás.

Si destruyen la noche, ya no te importa;

el espacio de la noche que tú ocupas, seguirá siendo la noche; será *tu noche*, en un espacio indestructible.

Pues todo se destruye; absolutamente todo. Pero el espacio, es indestructible.

8.

Cuando hablo de júbilo y de angustia, me refiero al aprendizaje; y me refiero al conocimiento.

En realidad, me refiero al aprendizaje del conocimiento;

pues una cosa es cierta: no se puede conocer, sin antes haber aprendido a conocer.

Y aprender a conocer no es cosa fácil: duele el cuerpo, duele aquí y duele allá, y duele todo.

Un indefinible malestar se posesiona de ti, y tu cuerpo no es ya el tuyo; es una cosa extraña y ajena.

Y es como una carga que te hubieran impuesto, y que tienes que sobrellevar. Así tus ojos. Así tu lengua. Así tu cabeza. Así tú, todo tú.

Una llamarada de terror y de congoja recorre incesantemente tu cuerpo —y eso que tu cuerpo está lejos, muy lejos.

¿Por qué no puedes moverte?

Se diría que no es ya tu cuerpo. Se diría un túmulo allá, en el camino, sin sol, sin aire y sin agua.

Hay que aprender a comprender lo incomprensible; nadie puede explicártelo.

Tienes que *aprender* tu cuerpo. Y tu cuerpo, a su vez, tiene que *aprender*.

Poco a poco, a lo largo de interminables días y noches, comienzas a aprender.

De hecho, surge una cuestión, absolutamente importante: tienes que tener humor, y tienes que tener aplomo.

Pues deberás mirar de reojo —nunca de frente. No podrías.

El que hubieras estado toda tu vida en contiguidad con la muerte no te sirve de nada,

y sólo te infunde una falsa seguridad y te pierde,

en momentos de supremo terror, que son momentos decisivos en el aprendizaje,

cuando miras de cerca la muerte y cuando de pronto la identificas físicamente y ves la clase de persona que es,

en momentos en que precisamente no existe defensa ninguna, como no sea el humor y el aplomo.

Pues la muerte es de carne y hueso,

y conviene recordar que, ello no obstante, nada le impide ocultarse a tus ojos, y asumir formas engañosas y diversas,

mientras juega el simple juego de la muerte, que principia en ti y que termina en mí.

* * *

¿Qué es ese peso de angustia, de caída y de perdición que te oprime?

¿Por qué el mundo y las cosas del mundo te causan una pena tan honda?

¿Por qué te resistes a llorar, cuando te acometen infinitas ansias de llorar?

Alguien hurga en tus entrañas.

Alguien respira con aliento lejano —alguien a tu lado.

Mira de reojo. Allá está, vigilante. Muy cerca de ti, con un soplo.

Es algo extremadamente misterioso. Es una persona, yo sé.

Pero no. No es una persona.

Mira de reojo, con cierto disimulo; ella, la persona.

Y te conoce: no eres tú.

Es una silla, es una mesa, una frazada.

Y es una ventana, es un aire, una pared, un moscardón, que vuela en noviembre.

Y es una cosa como yo mismo, o como tú, que quizá muere, al igual que yo.

¿Qué será?

Yo no sé, pero la conozco.

II

El guardián



1.

La montaña con resplandores oscuros en un claro de la noche
con un vestigio de tormenta en algún lugar del tumbado
recordando el dibujo de una taza sin asa más allá del rincón
ennegrecido por el humo
con una lata abollada que refleja la manera de mirar y que
fatiga y quema los ojos.

La oscuridad interminable en el zócalo que recorre las cuatro
paredes de mi cuarto

un poco más arriba del estuco un poco más abajo del empapelado

una raya una señal un amago de luz

una visión que no tiene nada de bueno me asusta y se me erizan los pelos.

Es un hombre encorvado y con ojos relucientes

en el aire espeso y al mismo tiempo translúcido se frota las manos y me mira con pena

es un hombre alto y usa cuello almidonado y corbata de fantasía

se saca los zapatos seguramente para no hacer ruido primero el diestro y luego el siniestro

yo lo veo acercarse al lecho en que yazgo pero soy incapaz de escuchar lo que me dice

solamente veo sus labios moverse y moverse pronunciando palabras y palabras que empero no me llegan

me oprime la frente con huesuda y fuerte mano

me da un rodillazo en la barriga y un cabezazo en pleno pecho

me hurga los párpados con ágiles dedos y con afiladas uñas me rasca la barba y me hace cosquillas

ahora se pone imponente máscara para escuchar mi corazón

muy pronto retrocede un paso y frotándose las manos se desvanece entre las sombras

pero olvida sus zapatos los cuales para eterna memoria se quedan en mi cuarto.

2.

Se presenta ahora un pariente lejano, a quien sólo reconozco porque tiene bigote y porque se peina con raya en el centro.

A juzgar por las repetidas venias que hace en una y otra dirección, hay mucha gente en el recinto, aunque yo no la veo.

Y como quiera que a mí no me hace ninguna venia, ni me saluda, ni me dice nada,

no tengo más remedio que creer que ya no existo.

De repente agarra y se acerca a mi cabecera, y de buenas a primeras, me da una bofetada.

Claro que es médico; y en tal virtud, no le faltan razones para abofetearme.

Luego agarra y se pone un mandil blanco, y con gesto des-
deñoso, me serrucha sin asco.

Y no contento con eso, saca un puñal y me desgarrá las car-
nes, y me tasajea a su regalado gusto;

y después de arrancarme una masa palpitante, picante y vi-
brante, que parece ser mi estómago,

hunde tamaño cuchillo en mis verijas, y por poco no me cor-
ta las huevas.

Y con esto, hace repetidas venías, y se aleja.

3.

¿Quién es ése, con cuello de toro y melena de león?

Aparece en este instante ante la puerta, cual guardián del umbral, y no deja pasar a nadie.

Hay sol, hay agua, hay respiración en los aires,
y también hay gente.

Un murmullo de seres que vuelan y vuelan y vuelan se percibe en la atmósfera.

Y este murmullo, que de pronto resuena en todos los ámbitos, y que se torna ya en estruendo,

es sin embargo un silencio más hondo que el propio silencio.
Hay dos mundos, hay dos vidas, hay dos muertes

—eso que llaman lo uno y absoluto, no existe.
Hay dos caras, dos filos, dos abismos.

El guardián se fatiga.

Ya no puede más con el sol, y lanza miradas amenazadoras a la gente que pugna por entrar a verme.

El Facundo, un buen carpintero, le presta un sombrero de paja. La señora Anselma le ofrece un vaso de agua.

Un señor, de recia carita, le da un cigarrillo, y murmura algo en su oído.

El guardián entrecierra los ojos, como un soñador; cruza los brazos sobre el pecho, con aire imponente;

y de rato en rato, saca un reloj de su bolsillo y consulta la hora,

y luego mira el cielo.

Mas en una de esas, lanza un grito de espanto, y se queda como petrificado.

Pues habiendo aparecido en estos precisos momentos una mariposa nocturna,

tan negra como la noche,

en pleno día y bajo un sol radiante,

con una orla de color morado en las enormes alas, batiendo éstas con extraña lentitud,

describe un círculo, y desciende poco a poco;

y de pronto se posa en la frente del aterrado guardián,

y allí se queda, para eterna memoria;

como estampada en una tela, o como labrada a fuego en el yelmo de legendario caballero.

4.

Este pobre cuerpo, abandonado;

este pobre cuerpo, ido y botado, y bastante olvidado, con una presencia que sólo se deja presentir por la pesantez,

y con patas como palos aquí, y con brazos ardientes y paralizados allá

—ahora no existen ya esos olores extraños y desconocidos, y aun inventados, que te llevaban a los mundos que precisamente querías habitar.

Ahora los olores no son ya sino olores, en toda su verdad,

y sólo pertenecen a tu cuerpo, y corresponden a tu condición humana.

¿Acaso pretendías oler a rosas o a madreselvas, o a ramas de pino,

para que ahora te horrorices y aun te sientas ofendido, ante los olores que expiden tus propias excreciones?

El olor, por otra parte, es un verdadero misterio;

y no estará demás recordar que tanto el nacimiento como la muerte, ocurren bajo el signo de peculiares cuanto atroces olores.

de
nte
la
res.

5.

¿Cómo aprender a morir?

—ha de ser una cosa en extremo difícil.

Seguramente requiere mucha humildad y mucho gobierno.

Toda una vida de trabajo y de meditación.

Y si uno se pregunta para qué aprender a morir,

la respuesta surge de por sí:

aprender a morir es aprender a vivir.

Y aprender a vivir es, en definitiva, aprender a conocer;

pues no deberá olvidarse que, para conocer, primero habrá que aprender a conocer.

* * *

En las noches, a lo largo de los años, uno se queda horas y horas, pensando muchas cosas.

Pero en realidad, uno no se queda pensando muchas cosas; la verdad es que uno se queda, y nada más.

Completamente inmóvil, mirando el vacío. Y —¿por qué no decirlo?— uno se pone triste, miserablemente triste.

Y lo que más tristeza causa, es uno mismo —el estar ahí.

Sin saber qué hacer. Sin saber nada de nada.

Y de repente ocurre un milagro:

el rato menos pensado, empieza a llover, y un relámpago te deslumbra —un sentimiento de invulnerabilidad te envuelve, con la lluvia.

Y si te dan ganas de escribir algún poema evocador, seguramente no lo escribes;

prefieres escuchar la lluvia.

Pues una voz interior te revela que aquel poema evocador se encuentra en tu bolsillo.

Y ésta es cosa que no te causa el menor asombro, acostumbrado como estás a los prodigios:

en efecto, el poema se halla en tu bolsillo; y lo sacas, y lo miras, y lo lees.

Y de pronto te preguntas quién habrá sido su autor, como si no supieras que aún no ha nacido.

6.

A lo largo de los años, tus cosas y tus muebles se envejecen, y se desgastan insensiblemente.

Muchos objetos desaparecen o se rompen, mientras que otros corren una suerte misteriosa, cual si fueran seres humanos.

Un tintero de cristal de roca, que yo veneraba, fue a parar a la policía, en circunstancias extrañas y absurdas;

una pistola automática se quedó empeñada por largo tiempo en una chingana, y habiendo sido redimida por el Forito Cisneros, éste la utilizó para suicidarse.

Por causa de un lente de diez centímetros de diámetro, que en mala hora presté a un profesor, se cometieron varios hechos de sangre.

Unos aparatos de alta diatermia, que producían oscuros resplandores de color violeta, y que estaban empeñados en una botica, fueron recuperados con mi autorización por un conocido mío, quien comenzó a manipular dichos aparatos en forma tan imprudente, que cayó fulminado. Actualmente se hallan empeñados en una sastrería, y no pienso recogerlos.

Las *Obras Completas* de Nietzsche, en doce tomos, salieron de mi cuarto una noche, para no volver jamás. Pues las empeñamos a las volandas a un chofer que manejaba un taxi, y, con el entusiasmo, nos olvidamos preguntarle su nombre y anotar el número del auto.

Idéntica cosa ocurrió con una máquina de escribir portátil, que era la niña de mis ojos.

Referir el destino de mis cosas sería de nunca acabar.

Lo que me apena es el destino que han corrido, y lo que asimismo me acongoja es el destino que correrán todas aquellas que todavía me acompañan.

Me causa alarma el ver cómo se borran los dibujos tallados en las sillas.

El estado calamitoso de una butaca que, por otra parte, ha de tener ya sus buenos cien años.

Me duele el aspecto que ofrece mi mesa de escribir, totalmente cacarañada y deteriorada, aunque sumamente respetable y fornida.

Un velador más antiguo que mi alma, y que perteneció a mi abuela, ya sin color, tremendamente noble, soportando todos los embates, los golpes, las patadas y las borracheras.

Sin embargo la mesa, hecha en Viena, pequeña y con tapa, de mi madre, está en buen estado, aunque con algunos rasguños.

El estante alto y vertical, de palo de rosa, con una puerta y con pirograbados, que me regaló mi tía Esther, está en su lugar; y si algo me fascina, es el desgaste que ha sufrido.

Por lo demás, hay un mundo de cosas.

Una mesa de ruedas, con dos divisiones, desvencijada; un ropero de nogal, en ruínas; otros muebles, con mucha historia, con mucho misterio, y con una vejez que asusta.

¿Cuánto valdrán estos muebles? —me pregunto yo.

Pues en realidad, no valen nada; y, en el mejor de los casos, capaz que su valor total no alcance para una ranga-ranga.

Son tristes trastos, vejestorios, muebles pasados de moda

—y por idéntica razón, forman parte inseparable de tu vida, y te da pena dejarlos.

7.

¿Cuánto dura la noche?

En realidad nadie sabe, aunque le haya sido asignada una duración de doce horas, por razones de orden puramente práctico.

Lo cierto es que la noche dura en el espacio, mientras que el día sólo dura en el tiempo.

Así se explica el que a toda hora del día, uno encuentre regiones en que la noche mora.

Tales regiones se identifican con el musgo, con el metal, y con el viento;

con un silencio comunicativo, que surge de las piedras, y que se suspende en el vacío.

Tales regiones suelen encontrarse asimismo en algunos rostros, que se nos aparecen fugitivamente por las calles, y que nos transmiten un mensaje.

Las regiones en que mora la noche, en pleno día, se encuentran aquí, en este papel,

y también allá, en el otro papel.

Y se encuentran en muchos lugares, en muchas personas, en muchos animales, y en muchos objetos.

A la primera mirada, y aun por el tacto y por el olor, uno puede reconocer estas regiones.

En un talismán de estaño, por muchos años olvidado en alguna gaveta;

en un sobre de color oscuro, con una inscripción que no se lee ya,

encontrarás una región que habita la noche;

en esas piedras del camino, que parecen esperarte, y parecen mirarte.

En alguna llave, inservible ya, y venida a menos, que se esconde en tu bolsillo;

en esa cicatriz, que ha aparecido sin saberse cómo, en tu mano izquierda

—en alguna concavidad de tu calavera, que muchas veces te escuece sin saberse por qué,

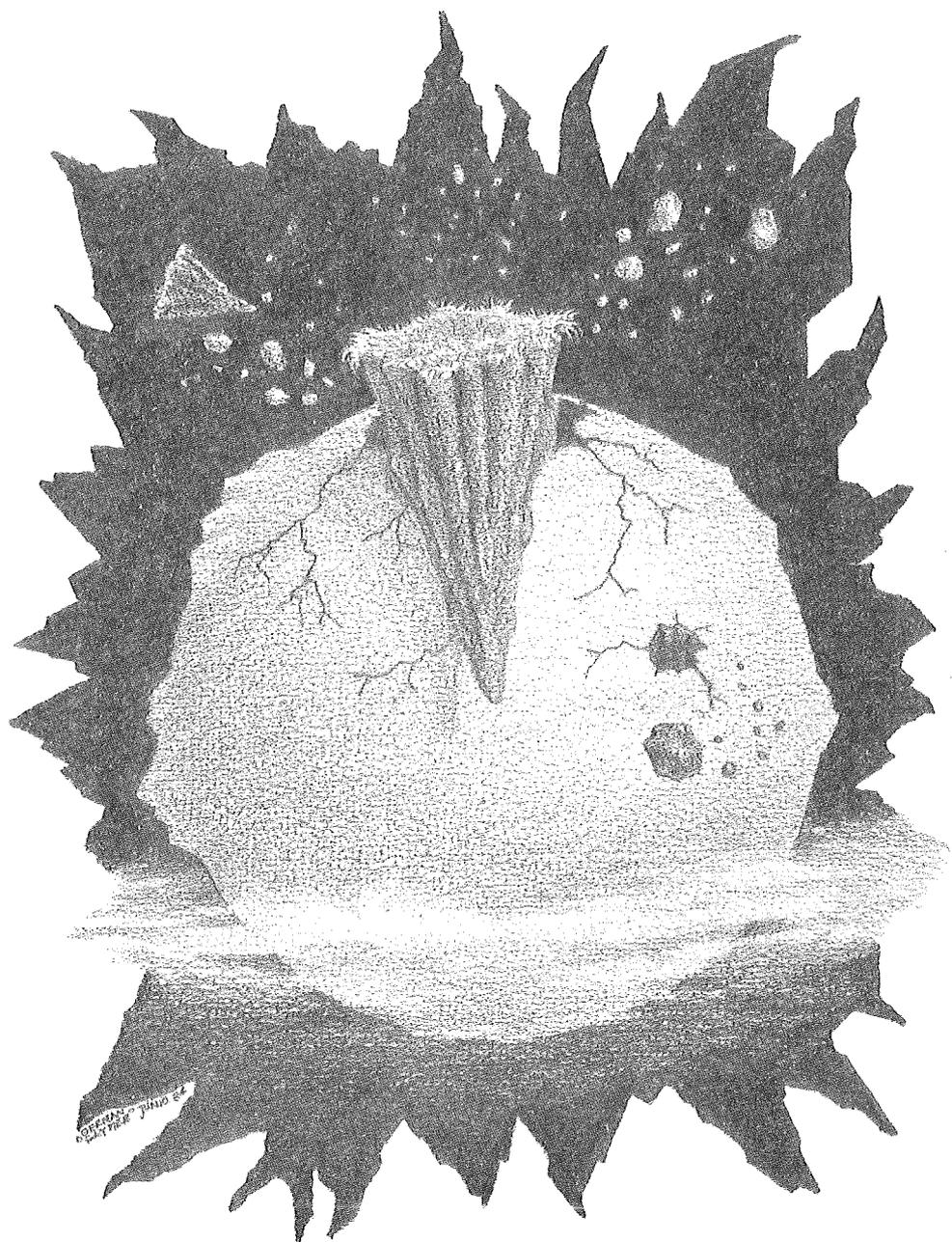
encontrarás una región que habita la noche.

Y la encontrarás en ese rayo de luz, que se filtra por la ventana,

y que alumbra el vuelo del moscardón.

III

Intermedio



Sucedió una noche de noviembre.

Angustiosamente y con ojos extraviados me debatía en medio del tormento de cuatro días sin sueño,

cuando de pronto se escucharon atroces alaridos y voces y lamentos que llegaban a mis oídos desde lo hondo de un pozo fatídico,

y que dejaban adivinar horrores sin cuento,

por lo que me invadió el terror y me quedé mudo de espanto,

contemplando silenciosamente inmóviles aguas con una negrura reluciente,

que reflejaban formas fosforescentes de personajes depravados, de multitudes ensangrentadas, de ciudades asoladas, y de seres enloquecidos.

* * *

No había una estrella.

No había un planeta.

No había firmamento —el cielo estaba en tinieblas.

Sin embargo, hacia el norte, una nube reflejaba el resplandor de la ciudad,

y rompía el espeso manto de sombras.

Y extrañamente, en la esquina del Hospital General, en Miraflores, reinaba una oscuridad total y absoluta;

y era ésta una oscuridad ultraterrena, una oscuridad nunca vista.

Y la gente se reunía en las proximidades, guardando una prudente distancia;

y todos dirigían recelosas y asustadas miradas hacia el tenebroso ámbito

—y a ese paso, cundía el pánico.

El caso es que para terror de los habitantes, el grave prodigio persistió por espacio de largos días;

y tan sólo al cabo de una semana se hizo la luz.

Poco después del misterioso suceso —que en adelante se llamaría *la maldición de la esquina*—,

pavorosos al par que inenarrables desastres se abatieron sobre la población.

Nadie en el mundo podía explicar los acontecimientos que a diario ocurrían;

y era cada vez más difícil controlar a las turbamultas enloquecidas, que se lanzaban a las calles y que provocaban el caos.

En pleno día, el sol se oscurecía, y la ciudad se anegaba en un mar de tinieblas.

Estruendos sobrenaturales atronaban en el seno de la tierra, y muy pronto sobreveníá un silencio de muerte.

Mucha gente, que enloquecía por causa del terror a lo desconocido, se ahorcaba.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, incendiaban las casas para procurarse luz,

y saltaban a las llamas y se quemaban vivos.

Al cabo el sol brillaba ya con inusitado resplandor, y con esto, el pánico y la locura subían de punto.

Y así, cada día.

Ora una luz encubridora, ora una oscuridad aterradora, al decir de un poeta que cantaba la catástrofe.

O el calor resultaba infernal y mortal, o el frío alcanzaba el grado sesenta bajo cero,

con lo que miles de personas y animales aparecían como estatuas de carne y hueso decorando las calles.

Así las cosas, de un tiempo a esta parte, unos negros, monstruosos y gigantescos, y con aire amenazador y brutal,

y con campanillas en las orejas, y con manos blancas como la nieve,

habían aparecido en las calles;

y ya de entrada, habían provocado un terror que sobrepasaba el paroxismo.

El hecho es que estos negros transitaban sin mirar a nadie, muy ensoberbecidos y prepotentes,

en extraños vehículos con esferas en lugar de ruedas, que se deslizaban a gran velocidad,

y que emitían vibraciones maléficas y de alta energía.

Y cuando se hacían las tinieblas, estos vehículos arrojaban resplandores que paralizaban,

y luego producían un rugido que embrutecía y que enloquecía, y que causaba la muerte.

Por otra parte, estos negros contaban con verdaderos batallones de esclavos;

y estos esclavos, armados de lanzas y látigos, se desbordaban en todo lo largo y lo ancho de la ciudad,

conduciendo feroces jaurías de mastines,

para arremeter contra indefensas y compactas multitudes, y sembrar el terror y la muerte.

Los negros, con suntuosas vestiduras de raro material, y con ojos que relampagueaban en la oscuridad,

vivían en el mejor de los mundos.

Ocupaban espaciosos palacios de piedra, construidos por los indios, a quienes sometían a sistemáticos tormentos;

celebraban bestiales rituales mensuales, para convocar al Negro Cabruja, y con tal motivo, hacían correr torrentes de sangre;

se daban sabatinos banquetes de carne humana, en una mesa con capacidad para mil negros;

y se abastecían de fabulosos nepentes y manjares, por medio de aviones que, a su paso, lanzaban rayos y truenos sobre la población.

Y así los negros, como quien nada hace, cometían toda clase de atrocidades.

Por lo demás, existían famosos al par que despiadados tecnólogos entre los negros;

y su único oficio era destruir y matar.

Muchas veces practicaban redadas de niños y de jóvenes vigorosos y sanos;

y los acorralaban en inmensos galpones de la aduana, con objeto de incrementar las reservas de carne.

La verdad es que estos negros no eran negros; y ya de hecho, no pertenecían a la raza humana.

Y como no podía ser de otra manera, profesaban la tecnología por toda religión,

y disponían de una asombrosa diversidad de androides, para programar infinitos y monstruosos desvaríos.

Entre broma y broma, planificaron el confinamiento de la población a túneles que se hundirían en lo profundo de la tierra,

y que serían contruidos por los propios pobladores;

intentaron repetidas veces la voladura de los cerros circunvecinos, con explosivos atómicos que, por fortuna, no se activaron;

tenían decidido bombardear ciudades, pueblos y caseríos, para probar el poder destructor de ciertos cohetes nucleares;

y con experimentos demenciales y criminales, por poco no liquidan la flora y la fauna en vastas regiones del Kollao.

Largo sería enumerar los horrores que se dejaban presentir aquella noche de noviembre,

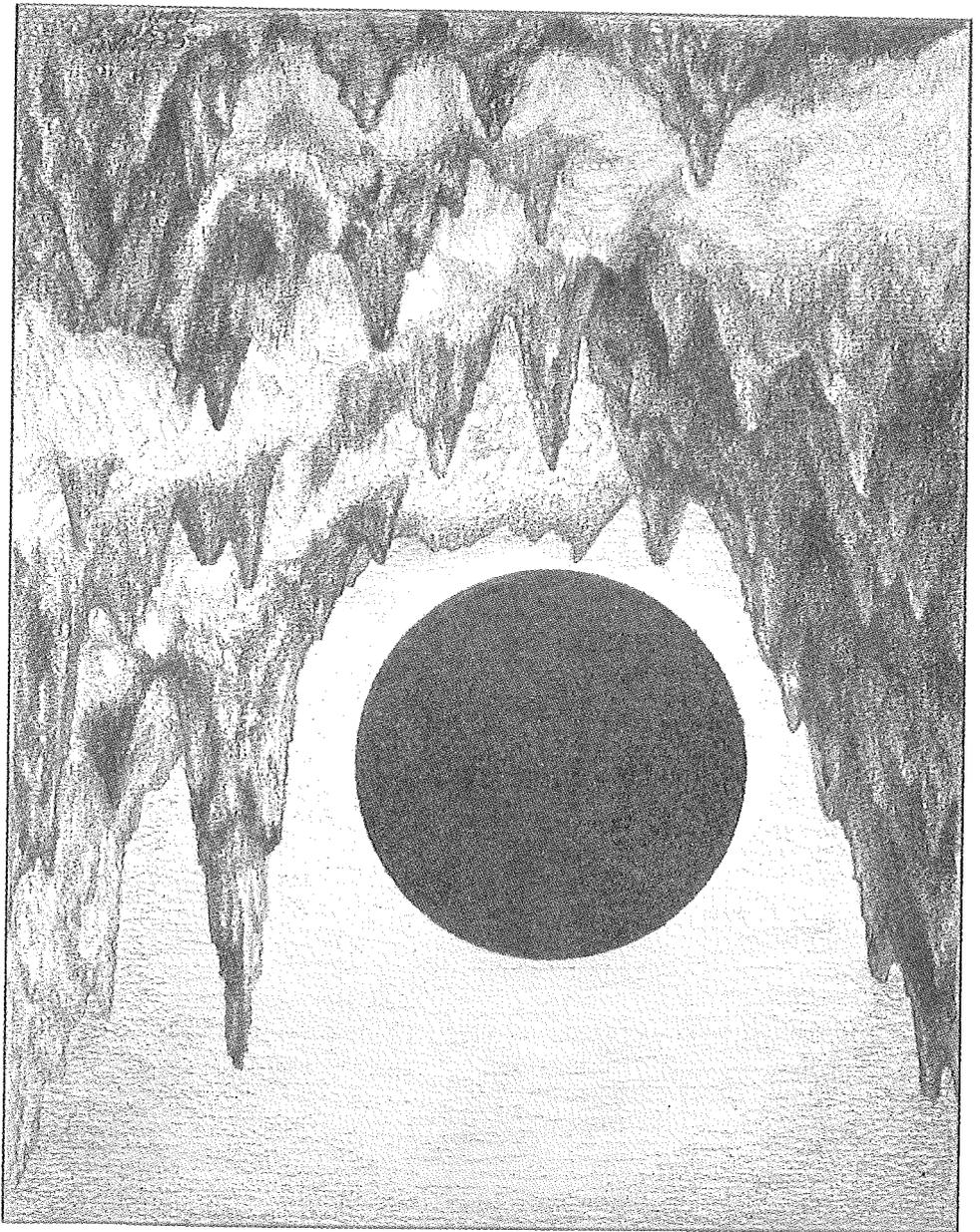
y que se manifestaban bajo la forma de lamentos angustiosos y de gritos desgarradores, que surgían de lo hondo del fatídico pozo,

mientras que inmóviles aguas con una negrura reluciente reflejaban formas siempre fosforescentes.

Lo cierto es que tan horrendas visiones se disiparon poco a poco, y terminaron por desvanecerse como el humo a lo lejos.

IV

L a n o c h e



1.

Extrañamente, la noche en la ciudad, la noche doméstica, la noche oscura;

la noche que se cierne sobre el mundo; la noche que se duerme, y que se sueña, y que se muere; la noche que se mira,

no tiene nada que ver con la noche.

Pues la noche sólo se da en la realidad verdadera, y no todos la perciben.

Es un relámpago providencial que te sacude, y que, en el instante preciso, te señala un espacio en el mundo:

un espacio, uno solo;

para habitar, para estar, para morir —y tal el espacio de tu cuerpo.

2.

Pues existe un mandato, que tú deberás cumplir,
en homenaje a la realidad de la noche, que es la tuya propia;
aun a costa de renunciamientos imposibles, y de interminables
tormentos,

deberás decir adiós, y recogerte al espacio de tu cuerpo.

Y deberás hacerlo, sin importar el escarnio y la condena de
un mundo amable y sensato.

Es de advertir que miles y miles de mortales se recogen tran-
quilamente al espacio de sus respectivos cuerpos,

día tras día y quieras que no, al toque de rutilantes trompe-
tas, y en medio de lágrimas y lamentos;

pues en realidad, recogerse al espacio del cuerpo, es morir.

Pero aquí no se trata de morir.

Aquí se trata de cumplir el mandato; y por idéntica razón, habrá que vivir.

Y tan es así, que no se podrá cumplir el mandato, sino a condición de recogerse al espacio del cuerpo, con el deliberado propósito de vivir.

Lo cierto es que aquel que acomete tan alta aventura, no hace otra cosa que ocultarse de la muerte,

para vislumbrar así la manera de ser de la muerte.

3.

El espacio que tu cuerpo ocupa en el mundo, es igual al espacio del cuerpo en el que uno se ha recogido;

y si esto es así, nadie tiene por qué molestarte, ni importunarte;

en el espacio de tu cuerpo, del que tú eres el soberano absoluto, puedes pararte de cabeza y hacer y deshacer, y transitar tranquilamente,

libre ya de un mundo de pesadilla, poblado de espectros y de esqueletos que pululaban y te quitaban la vida.

En todo caso, tu morada, tu ciudad, tu noche y tu mundo, se reducen a tu cuerpo;

y quien lo habita no eres tú, sino el cuerpo de tu cuerpo.

Pues el cuerpo que te habita, en realidad, eres tú;

sólo que tu cuerpo deja de ser tú,

y pasa a ser él.

Imagínate, el cuerpo que eres tú, habitando el cuerpo que es él,

y que no por eso deja de ser tú.

De ahí el habitante, o sea, el cuerpo de tu cuerpo; y de ahí, asimismo, el habitado, o sea, tu cuerpo.

¿Y qué decir de la honda soledad, habitando el espacio de tu cuerpo?

Hay un echar de menos la soledad, cuando hay alguien a tu lado;

pero, cuando no hay un alma, es la propia soledad quien te echa de menos

—y es como si tú no estuvieras, o como si te hubieras ido, en busca de alguien a quien echar de menos.

La soledad en el espacio de tu cuerpo, ha de ser, pues, una soledad muy larga, muy alta, y muy álgida

—como esa soledad que uno imaginaba de niño,

con un retrato desaparecido y una rueda inmóvil, en el cuarto oscuro.

4.

¿Qué es la noche? —uno se pregunta hoy y siempre.

La noche, una revelación no revelada.

Acaso un muerto poderoso y tenaz,

quizá un cuerpo perdido en la propia noche.

En realidad, una hondura, un espacio inimaginable.

Una entidad tenebrosa y sutil, tal vez parecida al cuerpo que
te habita,

y que sin duda oculta muchas claves de la noche.

*

Cuando pienso en el misterio de la noche, imagino el misterio de tu cuerpo,

que es sólo una manera de ser de la noche;

yo sé de verdad que el cuerpo que te habita no es sino la oscuridad de tu cuerpo;

y tal oscuridad se difunde bajo el signo de la noche.

En las infinitas concavidades de tu cuerpo, existen infinitos reinos de oscuridad;

y esto es algo que llama a la meditación.

Este cuerpo, cerrado, secreto y prohibido; este cuerpo, ajeno y temible,

y jamás adivinado, ni sentido.

Y es como un resplandor, o como una sombra:

sólo se deja sentir desde lejos, en lo recóndito, y con una soledad excesiva, que no te pertenece a ti.

Y sólo se deja sentir con un palpito, con una temperatura, y con un dolor que no te pertenecen a ti.

Si algo me sobrecoge, es la imagen que me imagina, en la distancia;

se escucha una respiración en mis adentros. El cuerpo respira en mis adentros.

La oscuridad me preocupa —la noche del cuerpo me preocupa.

El cuerpo de la noche y la muerte del cuerpo, son cosas que me preocupan.

*

Y yo me pregunto:

¿Qué es tu cuerpo? Yo no sé si te has preguntado alguna vez qué es tu cuerpo.

Es un trance grave y difícil.

Yo me he acercado una vez a mí cuerpo;

y habiendo comprendido que jamás lo había visto, aunque lo llevaba a cuestas,

le he preguntado quién era;

y una voz, en el silencio, me ha dicho:

Yo soy el cuerpo que te habita, y estoy aquí, en las oscuridades, y te duelo, y te vivo, y te muero.

Pero no soy tu cuerpo. Yo soy la noche.

Indice

INDICE

	Página
Dedicatoria	7
— I — La noche	9
— 1.	11
— 2.	13
— 3.	15
— 4.	17
— 5.	19
— 6.	21
— 7.	23
— 8.	25
— II — El guardián	29
— 1.	31
— 2.	33
— 3.	35
— 4.	37
— 5.	39
— 6.	41
— 7.	44
— III — Intermedio	47
— IV — La Noche	55
— 1.	57
— 2.	58
— 3.	60
— 4.	62

La obra de Jaime Saenz, doce libros publicados a lo largo de casi treinta años de labor continua, constituye, en su dinámica y profundidad, el espacio poético más auténtico de la literatura boliviana.

La indagación sostenida de preocupaciones poéticas fundamentales, en el mundo y en la palabra, confiere a su obra una unidad y una intensidad particulares. Cada uno de sus libros se inscribe como un momento del conjunto de su obra, un trazo en el diseño de un dibujo abarcador y complejo; pero también cada libro es una realización autónoma, una intensidad plena y lograda.

La vida y la muerte, la ciudad y el tiempo, son algunos de los temas y preocupaciones desarrollados en su obra. Una interioridad abismada en el mundo, es el gesto de su escritura; y en virtud del rigor y la fidelidad de esta escritura, Saenz ha construido un universo poético enraizado en la profundidad esencial.

La noche, el poema más extenso escrito por Saenz, se inscribe como un momento privilegiado en el desarrollo de su obra. Cronológicamente, se sitúa después de Bruckner / Las tinieblas, poemas publicados en 1978 y que son la proyección del ámbito de su Obra poética editada por la Biblioteca del Sesquicentenario en 1975. El trabajo poético encuentra en La noche, el espacio de nuevas revelaciones, la oportunidad de un desplazamiento y un encuentro. La vida y la muerte, la ciudad y el tiempo, confluyen y se transfiguran ante una presencia inquietante y misteriosa: el cuerpo.

La noche es la indagación poética de la realidad del cuerpo. El cuerpo como realidad primera de la condición humana, pues es el cuerpo el espacio donde se suceden la vida y la muerte, la búsqueda y el encuentro. Pero el cuerpo también como el territorio de la escritura, como la hondura donde se abisman el mundo y la palabra para iluminarse en el instante poético.

Es por esto que la realidad de La noche es, ante todo, una realidad de aprendizaje y conocimiento. Aprendizaje de una entraña próxima y remota, dolorosa y sufriente; conocimiento de su oscuridad y de su abismo, que es también el abismo del mundo. Y por lo mismo, será otra realidad. Una vía de conocimiento, como un camino angustioso a las profundidades de la realidad verdadera.

La noche se configura en cuatro partes, necesarias y precisas para su estricta economía verbal. Diseñan la tensión y la intensidad de un solo movimiento de largo aliento. La escritura de Saenz, asentada en el trabajo del período poético, antes que en la metáfora, logra en La noche, la atmósfera, el tiempo y el ritmo que son, precisamente, la pulsión que indaga esta escritura: un cuerpo que respira en la oscuridad.

En La noche, no sólo confluyen y se transfiguran los elementos del universo poético de Saenz, confirmando así, la profunda unidad y dinámica de su obra; sino también La noche patentiza, con todo el rigor y el riesgo que encarna su escritura, la dimensión de un hacer en el mundo. Es el testimonio de una obra y de un destino.

Jaime Saenz (La Paz, 1921), además de las obras mencionadas, ha publicado la novela Felipe Delgado (1979), Imágenes paceñas (1980) y Al pasar un cometa (1982). Se anuncia, para este año, la publicación de Vidas y muertes y Los cuartos. Obras por publicarse: La noche del viernes, Perdido viajero, Tocnolencias, La piedra imán, Los papeles de Narciso Lima + Achá.

Rubén Vargas.